

NIKOS KAZANTZAKIS: POEMA AL DANTE

por MIGUEL CASTILLO D.

La publicación en castellano del primero de los 21 cantos en endecasílabos a los "guías del espíritu humano" puede constituir quizás una adecuada recordación del gran artista griego en el décimo aniversario de su muerte. El 26 de octubre de 1957, al morir lejos de su patria, llevaba ya Kazantzakis más de 10 años de exilio. Y en su cuaderno de poemas en tercinas, donde cantaba a sus figuras veneradas: Buda, Cristo, Don Quijote, el Greco, Nietzsche, Lenin, su esposa Helena y otras, aparecía primero —escrito en 1932— aquél dedicado al Poeta del Destierro. Había terminado en ese año su primera traducción de la Divina Comedia, que lo señaló como un maestro del endecasílabo en la lengua neogriega; y viajó luego a su España amada en busca de paz y poesía. Allí, en esa tierra que poco después lanzara a la muerte y al destierro a sus mayores poetas, brotaron de su pluma las tercinas del Canto a Dante. Hoy conocen la cárcel y el exilio otros poetas, griegos, y esto es también motivo para recordar con este poema al artista cretense.

Homero y Dante fueron, acaso, los espíritus más venerados por Kazantzakis. Quizás, sin pretender compararse a ellos —aunque objetivamente pueden establecerse semejanzas en algunos aspectos—, el autor de *Cristo de Nuevo Crucificado* tendía a mirar las obras de aquellos poetas como grandes caminos, a los que él añadía también una senda. La Odisea de Homero era el sendero hacia el hogar, hacia el hombre, hacia la paz después de la tormenta, y la realidad serena después de los encantamientos y maleficios. La Comedia de Dante era la odisea hacia el cielo y la visión divina, camino pleno de símbolos, alegorías, premoniciones y esperanzas. De esas odiseas no poco tomó Kazantzakis para la suya propia, la obra de su vida, un camino también con encantamientos y maravillas, con símbolos y esperanzas, pero un camino hacia la nada eterna.

Kazantzakis quiso recordar los últimos instantes del más amado entre los maestros de su espíritu. Y evoca la evocación del poeta en sus últimos instantes, cuando va llegando a Rávena, exhausto, envejecido en el destierro, sus pies heridos en escalas extranjeras, pero con todo su odio santo, su sed ardiente de justicia. Siente cercana la muerte, mas debe antes conocer el castigo de sus enemigos; y vuelve a imaginar el infierno para ellos destinado y sus brasas más quemantes: sus versos acerados. Todo pasa ante la mirada de sus espíritus agobiados: los campos, las callejas, las muchachas, la fresca fruta, la lengua del pueblo que él sin-

tió y amó como nadie. Y luego, en el ocaso rojo sangre y en el mar de los rumores vespertinos, surge la visión temblorosa de su Florencia amada, a la que no ha de volver jamás.

Sus labios, secos de sed de la tierra patria y de la justicia que no llegó, los refrescan los granos de uva que le entrega una aldeana. Se alivia algo el ardor y en un resto de energía extrae de su pecho los escritos de su duelo, descolorada la tinta por las lágrimas, goteada por la cera de las vigiliass: allí está el edificio de la belleza, magno templo con sillares de tercinas y columnas de ideas y voces ordenadoras de armonías. Y al fin, la brisa fresca de la gracia lo envuelve como un velo. Se abre el cielo —rosa de mil pétalos, inmensa, misteriosa, como lo entrevió en su Comedia Divina— y desciende la Amada: blancos cipreses agitáronse en la tierra, se detuvo el carruaje de fuego, y se escucha el dulcísimo saludo —la palabra siempre esperada—, bálsamo del largo dolor de su destierro . . . Es la emoción inefable, es la dulzura infinita . . . Se unen en cruz las manos del Asceta . . . La noche empieza a desplegar suavemente su manto . . . Y al despuntar de los primeros astros, muerto ya hallaron al Dante, caído allí, sobre extranjera tierra.

DANTE

1 *Oh rudas almas que de amor sabéis
y —rosa— el fuego encendéis en vues-*
[tro espíritu,
*contemplad al Asceta entre el rastrojo
quemado por el sol, pasar, doblado,
bajo la lluvia tibia del otoño,
y entrar a Rávena desfalleciente y pá-*

20

*Pasan jóvenes nobles cabalgando,
llevando sobre el puño el crespo hal-*
[cón.

10 *Desde las grandes torres las campanas
de la oración proclaman la nostalgia.
Y él, mordiendo en los labios una hoja
amarga de laurel, a su alma dice:
“Siento que es éste tu postrer cre-*
[púsculo”.

30

*A su lado, dos rubios querubines,
el Sí y el No se irguieron, silenciosos
lebreles de la Muerte cazadora.*

Como tumbas se abrieron sus entra-
[ñas

*y en su interior brotó una ronca voz:
“¡Que no muera, mi Dios, sin arrojar
al azufre y la pez mis enemigos.*

*Lo escribe el alma. No lo borra Dios!”
Sed de venganza, maldición y cólera,
su corazón costal de larvas se agitaba
y su alma silbaba como un áspid.*

*Uno a uno a los enemigos arrojaba
a las fuentes de brea de su espíritu,
y en tanto aullaban sus negras entra-*
[ñas:

*“¡Cobardes, viles, falsos y embusteros,
depravados, avaros y rufianes,
y frailes sodomitas y altaneros!”*

- Mundo, inclinado, en la ardiente fo-
 [gata
 los vuelve y asa lento cual cangrejos;
 sus narices husmeaban vorazmente
 tramando cómo hallar infierno nuevo.
 Asaz fresca, liviana y favorable
 le pareció la pez bullente de mil
 [brazos;
 apoyóse pifando en la muralla:
 sonríe aleve y el arpón levanta:
 de cabeza en el verso los enclava.
- 40 El odio —halcón de ojos amarillos,
 de la virtud arcángel protector—
 destilando veneno se anidó
 en el Asceta y lo conduce y guía.
 “¡En tanto dura Dios, el odio dura,
 en la puerta del Cielo pasador.
 No dejaré, virtud, desigualmente
 diente te rompan: romperé quijada!”
- 50 Cobra vigor y muévase gallardo
 con armas invisibles y sonrien
 secretamente sus amargos labios:
 la santa joven siente que lo sigue.
 En la hebra del sol brillan los muros;
 el suelo horadan gruesas gotas tibias;
 suspira el buho, la tierra perfuma;
 su seno abre la noche suavemente,
 y él doblado los pies arrastra pálidos
 deshechos en escalas extranjeras.
 De los bueyes despidense sus ojos
 que en pareja caminan enyugados,
- 60 de las niñas en la feria y las calles,
 de la uva, los higos, las granadas,
 fragante fruta. Y el oído alerta
 para coger del pueblo las palabras.
 El habla fresca y el dulce lenguaje
 ¡cómo rocían la entraña y la refrescan,
 y cómo a la humilde ave del pueblo
 fecunda el Verbo —cisne— y la conduce
 hasta el agua del verso, pura y clara!
 Los ojos cierra. En el sangriento ocaso
- 70 y en el mar de los ecos vespertinos
 temblar divisa a su Florencia amada.
- Iglesias, torres y palacios, de memoria
 sus divinas bellezas conocía:
 cual Segunda Venida asciende ahora
 en los llanos sombríos de su espíritu.
 ¡Ay! En ningún otro lugar gustará
 lengua tan clara y tan sabroso pan;
 mas, infeliz, no volverá ya a verla:
 cual malhechor lo desterró la infame
 [estirpe.
- 80 Pero el alma la trae —omnipotente—
 a su espejo interior por vez postrera.
 Se inclina cual sediento carretero
 con sus labios ardientes. La contempla
 y, tierna, de lo más hondo del pecho
 quemante cae la gota salobre.
 Una anciana lo mira y se detiene:
 los ojos húmedos, la pálida mejilla,
 su raída sandalia y los dolores
 que su rostro mordieron compadece;
 de su cesta un racimo le regala.
- 90 Las manos doloridas regocíjanse;
 se apoya en una piedra y grano a gra-
 [no,
 agachado, comiendo lentamente
 se refrescó y la tierra bendecía:
 grave destino devenir el lodo espíritu
 y —pura luz— la llama alimentar,
 vid producir la tierra y recoger
 la sangre del Señor las mismas uvas.
 Sus espaldas temblaban cual capullo
 que alas de libertad sólo desea.
- 100 Lágrimas espejeaban en el aire,
 y un resplandor furtivo lamió el borde
 de los harapos, y en el éter glauco
 levantar lo divisan los espíritus
 en la mano la luz —un albo lirio
 [abierto.
 Oh Dios, ¡cómo de pronto se alivió el
 [dolor
 y nivea flor engendró el pecado!
 No es este un pobre corazón, mas oro-
 [péndola
 que en la parra que sube de la tierra
 hasta los cielos pósase trinando.
- 110

Remueve el canto dentro del sepulcro
 las alas de su espíritu y lo rocía;
 húndese y clávanse sus dedos trémulos
 hurgando en el llagado corazón
 y sacan los escritos del dolor:
 como las hojas crujen corrujados
 de una rama azotada por el viento:
 olían a tomillo y a sudor,
 y a aliento de pobreza y de destierro.
 Y el negro de su letra retorcida
 120 descoloraron lágrimas quemantes;
 gotas de cera de largas vigili-
 as y rasguños de cólera marcaron.
 Con los dedos delgados los escritos
 volvía quedamente, temeroso,
 como entrando en místico deliquio:
 siguiendo dura ley, rimas tejidas
 de tres en tres se unían cual sillares;
 se alzaban en la mente constructora
 130 columnas ensamblantes, las ideas;
 y en la tiniebla, voces armoniosas
 la ceremonia ordenan, legislando.
 Alto edificio en el mojado atardecer,
 húmedo centelleaba el canto tenso:
 demonios lo subían desde el Hades
 —raíces grises— y ascendía plena
 de vello virginal la ruda flor
 de la ascesis salvaje dirigiéndose
 a las Sagradas Madres de la Luz.
 140 Serenas, hondas, tañen las campanas.
 Silencioso se hundían en los trenzados
 lazos del exultante entendimiento,
 liberado del tiempo y del espacio
 el rudo herrero del verso y del hombre,
 trocada en puro espíritu su carne.
 Sopló la brisa fresca de la gracia
 y cual velo bordado se elevó
 con regocijo el alma soberana.
 Un trono de esmeralda y de zafiro
 ve desde el sol ardiente descender;
 150 lo arrastran nuestros más hondos de-
 seos:
 un toro y un león, un águila y un
 ángel.

Se abre en su espíritu la rosa miste-
 [riosa.
 Fulgura toda luz la negra Muerte.
 Una voz suave embarga sus entrañas;
 y con terror y oculto recogijo,
 mira —a las sacras fieras con la luz
 golpeando cual Nicea dolorida,
 severa, ojos puros, mil saetas—,
 sobre él descender a Beatriz.
 160 De mil pétalos rosa el Cielo; y los ar-
 [cángeles
 cual las abejas, laboriosos, liban
 la miel de la inmortalidad oscura.
 Blancos cipreses agitáronse en la tie-
 [rra.
 El flamígero carro se detuvo;
 y leve y suave, con dulzura extrema,
 una angélica voz como una alondra
 [habló
 (el largo dolor del vivir vencía
 y cual nieve en el sol deshizo su alma):
 “Mil veces enhorabuena, amado, te
 [encontré”.
 170 Veloz, pone sus manos contra el sol;
 a la amada sonríe y como fuente
 le brota el llanto y para sostenerse
 trata en la tierra de apoyar las manos,
 y hallar tiernas palabras en su entraña,
 dulzura extrema para recibirla.
 Mas cogían los santos ojos de su amada
 —redes serenas en abismos de visión
 [soñada—
 sin hálito su espíritu y su cuerpo.
 Abre la noche suavemente su estrella-
 [do manto.
 180 se unen en cruz las manos del Asceta.
 Y muerto al Dante hallaron ya los mer-
 [caderes
 al despuntar de los primeros astros.

Nota y traducción directa de Miguel Castillo Didier. Santiago de Chile, 1966-67. Texto: “Tertsines” (21 cantos a los guías del espíritu humano), Atenas, 1960.